

BORGES Y EL PROBLEMA DE LAS SERIES INFINITAS

*Dios mueve al jugador y éste, la pieza.
¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
De polvo y tiempo y sueño y agonía?*

BORGES: *Ajedrez*

I. LA GALERÍA DE ESPEJOS NEGROS

En su relato titulado *La muerte y la brújula*, Borges pone estas palabras en boca de uno de sus personajes: «La casa no es tan grande. La agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi desconocimiento, la soledad.» Palabras que contienen en sí, a modo de sugestión y visión de soslayo, los elementos que entrarán a componer la imagen fundamental del universo interior de nuestro autor.

En efecto, hace algunos años, con motivo de una conversación sostenida en la Universidad de Bristol, al preguntarle yo: ¿Cree usted que su mundo interior es una especie de palacio bien ordenado, de selva o de callejón sin salida?, Borges me respondió:

«Mi mundo interior sería un conjunto de espejos donde no es posible saber cuál espejo está reflejando la imagen formada previamente en otro. (Esta idea se refleja naturalmente en el poema "Ajedrez", que citamos más arriba.) Al venir a Bristol y visitar esta ciudad me han llamado la atención unos espejos negros. Espejos negros: esto es una paradoja. Con seguridad me referiré a esta experiencia en uno de mis próximos cuentos. Espejos y laberinto son sinónimos. Mi mundo interior sería un laberinto de espejos.»

Para mayor claridad y persistiendo en esta idea de la serie infinita,

le pregunté: ¿No cree usted que sería posible aplicar a la imagen de su mundo interior el criterio de Aristóteles sobre el infinito actual y llegar así a la conclusión de que existe un *Primer espejo inmóvil*? A lo que Borges me contestó:

«Esta pregunta es demasiado metafísica. Yo no soy metafísico. Pero en todo caso puedo decirle que la serie de espejos es infinita. Una lógica aristotélica sería aquí imposible. La serie de espejos debe perderse en el infinito.»

Todo esto nos lleva naturalmente a ciertas conclusiones importantes que, aunque fáciles, conviene no olvidar para la mejor comprensión de lo que estamos exponiendo:

En primer lugar, se observa una notable diferencia entre esta imagen interior y otras que son familiares, por ejemplo, la del *castillo interior* de Santa Teresa de Avila o la del *huracán* en Santa Rosa de Lima. A simple vista, la imagen de Santa Teresa parece ser estática y la de Santa Rosa, dinámica. Pero si nos detenemos a mirar la imagen de Borges, resulta que ésta no es ni dinámica ni estática, o inversamente, podría ser simultáneamente dinámica o estática. Si un espejo refleja el movimiento de un objeto, dicho movimiento se repetirá infinitas veces a lo largo de la serie infinita de espejos. Pero la serie misma de espejos será estática, inmóvil. Conviene recordar este carácter antinómico de la imagen para comprender lo que sigue más adelante.

En segundo lugar, la imagen de Borges posee infinitud, pero *no* totalidad, a la inversa de la imagen de Santa Teresa que es finita pero totalizante, o de la imagen de Santa Rosa que tiende a *infinitizar* los objetos contenidos en ella, a lanzarlos hacia una inmensidad que los totaliza. O sea, la imagen de Borges es una *serie infinita*, abierta, pero nunca totalizante. «Yo rechazo el todo para exaltar cada una de sus partes», dice Borges en su *Nueva refutación del tiempo*.

Por último, si recordamos que el tiempo es la materia prima de toda imagen interior (en cierta manera la imagen interior especializa al tiempo, lo convierte en figura geométrica), resulta que, en Borges, al ser la imagen interior una especie de archipiélago de figuras reflejadas hasta el infinito, el tiempo que la compone tiende a fragmentarse, a *disgregarse*, para convertirse finalmente a su vez en archipiélago:

«Sin embargo, negadas la materia y el espíritu, que son continuidades, negado también el espacio, no sé con qué derecho retendremos esa continuidad que es el tiempo. Fuera de cada percepción (actual o conjetural) no existe la materia; fuera de cada estado mental no existe el espíritu; tampoco el tiempo existirá fuera de cada instante presente» (*Nueva refutación del tiempo*).

II. LAS APORÍAS DE LA SERIE INFINITA

Literalmente una aporía es un problema sin solución, sin camino de salida. En este sentido, Zenón de Elea rechazó el tiempo, pues la serie infinita de sus instantes presenta un problema sin solución: Aquiles jamás puede alcanzar a la tortuga; la flecha jamás puede llegar al blanco.

Siglos más tarde Kant volvió sobre estos mismos problemas, pero con un enfoque bastante diferente. En la *Estética Transcendental* de la *Crítica de la razón pura*, Kant plantea la cuestión más o menos en estos términos: ¿Qué queda si yo, en un esfuerzo de mi imaginación, suprimo todos los objetos del Universo? Y responde: Queda un espacio vacío y un tiempo vacío. Ahora bien, ese espacio y tiempo vacíos no son cosas que existan en sí, son sólo formas a priori de la sensibilidad, condiciones de toda experiencia posible. Por tanto, no es de extrañar si el espacio y el tiempo presentan antinomias: podemos con la misma facilidad y rigor lógico demostrar que el espacio y el tiempo son finitos o infinitos. O sea, una condición de posibilidad de toda experiencia posible debe ser elástica, debe maniobrar con la misma facilidad las experiencias que apuntan hacia lo finito o hacia lo infinito.

Ahora bien, espacio y tiempo son «continuos» (o «continuidades» como dice Borges), es decir, ambos aceptan la fragmentación para constituir una serie infinita. El lugar donde yo estoy está rodeado por cierta área, esa área está a su vez rodeada por otra área mayor, y ésta por otra mayor, y así hasta el infinito. El instante del «ahora» ha sido precedido por un instante anterior, y éste, a su vez, por otro anterior, y así hasta el infinito.

Siendo así, no es de extrañarse que, al hacer uso de una serie, Borges recurra a la infinitud para concebir el mundo como un poema que se continúa escribiendo en la eternidad del tiempo (*Inferno*, I, 32), o a la contracción indefinida de la finitud para llegar a afirmar que «Espacio y tiempo y Borges ya me dejan» (*Límites*), o a la condensación indefinida de la serie hasta llegar a imaginar «un lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe, vistos desde todos los ángulos» (*El Aleph*).

III. EL CONTINUO DE CONSCIENCIA

Pero nuestro autor va más lejos.

Visualizar el espacio y el tiempo para luego desmembrarlos en una serie infinita de lugares o de instantes es algo familiar. Menos familiar

es llevar la formulación de Kant hasta sus últimas consecuencias: ¿Qué queda si yo, con otro esfuerzo de la imaginación, suprimo el espacio y el tiempo vacíos? Queda, naturalmente, la *consciencia vacía* (algo incomprensible para un occidental), que es el último límite a que podemos llegar en nuestro intento de liberarnos de las cosas o condiciones que nos rodean. Más allá de la consciencia vacía estaría el Nirvana.

A simple vista, parece ser que la consciencia vacía —a diferencia del espacio o del tiempo— no podría aceptar la estructura de un continuo. Solamente se podría fragmentar y serializar la extensión del espacio o la duración del tiempo. Pero Borges, sin embargo, llega al extremo de serializar la consciencia y darle el tratamiento de un continuo, según podemos apreciar en su relato titulado *Las ruinas circulares*: un hombre crea a otro soñándolo, y éste a su vez sueña a otro y así indefinidamente. Borges confiesa el origen oriental de esta idea: «Otros textos budistas dicen que el mundo se aniquila y resurge seis mil quinientos millones de veces por día y que todo hombre es una ilusión, vertiginosamente obrada por una serie de hombres momentáneos y solos» (*Nueva refutación del tiempo*).

Pero al llegar a este punto nos encontramos con otro aspecto que nos ayuda a una mejor comprensión de este asunto. Es la serie de lugares la que forma el espacio, como la serie de instantes es la que forma al tiempo. O usando una expresión grata a Kant, podríamos decir que la serie es la forma *a priori* del continuo. Sin la serie no podríamos nunca llegar a la intuición del continuo.

Análogamente, es la serie de estados conscientes la que forma a la consciencia, pero con una diferencia fundamental respecto a las series de espacio y tiempo: es la repetición de determinados elementos de la serie de consciencia la que posibilita la memoria y la percepción de la eternidad.

En efecto, esta manera de reflejar la concepción de la serie infinita dentro de la serie de estados de consciencia se observa asimismo en el modo en que Borges concibe la eternidad. En su *Historia de la eternidad*, refiriéndose a una banal experiencia de una calle desierta, la visión de una pared mirada en noche serena empuja a Borges a describir su idea de la eternidad en estos términos:

«Esa pura representación de hechos homogéneos —noche en serenidad, parecida límpida, olor provinciano de la madreselva, barro fundamental— no es meramente idéntica a la que hubo en esa esquina hace tantos años; es, sin parecidos ni repeticiones, la misma. El tiempo, si podemos intuir es identidad, es una delusión: la indiferencia e inse-

parabilidad de un momento de su aparente ayer y otro de su aparente hoy bastan para desintegrarlo.

«Es evidente que el número de tales momentos humanos no es infinito. Los elementales —los de sufrimiento físico y goce físico, los de acercamiento del sueño, los de la audición de una música, los de mucha intensidad o mucho desgano— son más impersonales aún. Derivo de antemano esta conclusión: la vida es demasiado pobre para no ser también inmortal. Pero ni siquiera tenemos la seguridad de nuestra pobreza, puesto que el tiempo, fácilmente refutable en lo sensitivo, no lo es también en lo intelectual, de cuya esencia parece inseparable el concepto de sucesión. Quede, pues, en anécdota emocional la vislumbrada idea y en la confesa irresolución de esta hoja el momento verdadero de éxtasis y la insinuación posible de eternidad de que esa noche no me fue avara.»

Para ilustrar esta idea podríamos designar la serie de estados de consciencia con los números naturales 1, 2, 3, 4, etc. Ahora bien, dentro de esta serie hay un estado especial que se repite (?) cada ciertas veces, por ejemplo: 1, 2, 3, 4, 5, n , 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, n , 13, 14, etcétera. El estado n sería indicativo de la eternidad, pero sería mejor decir que *no* se repite propiamente («repetirse» indica fenecer y volver a aparecer como por arte de magia): más bien el estado n está siempre presente a lo largo de la serie, pero es como esos ríos caprichosos que a veces se hunden en la tierra para luego salir a la superficie un poco más adelante. De esta manera, se aceptaría una «re-aparición» (signo de pobreza, según Borges), pero se evitaría la teoría del eterno retorno. O sea, hay «re-aparición», pero la serie infinita está abierta, desmembrada como un archipiélago.

En el extremo opuesto a Borges, en una filosofía totalizante, como lo es, por ejemplo, el pensamiento hindú, los continuos de espacio, tiempo y consciencia pueden intersectarse, coincidir en un punto y entonces se origina la consciencia concreta del hombre con su intuición del yo, del instante y del lugar.

Pero en un pensamiento como el de Borges, donde las series no coinciden plenamente, donde la imagen interior implica desmembración, archipiélago («Yo rechazo el todo para exaltar cada una de sus partes»), donde cada serie puede seguir un curso autónomo, su posible intersección está sujeta a una especie de *arte combinatoria*: es la *lotería* de las series la que produce una determinada combinación que, en última instancia, estructura la experiencia relatada por nuestro autor. Como ejemplo, volvamos a nuestra primera cita: «La casa no es tan grande. La agrandan la penumbra, la simetría, los espejos, los muchos años, mi

desconocimiento, la soledad.» Estamos en un lugar (la *casa*), pero la determinación de dicho lugar no depende exclusivamente de las determinaciones del continuo espacial o de las relaciones intrínsecas del espacio con el tiempo y la consciencia. Al revés, hay un divorcio del espacio en relación al tiempo y a la consciencia. Hay determinaciones de espacio (*penumbra, simetría, espejos*). Hay otra larguísima serie de determinaciones temporales (*los muchos años*) que escapa a la estrecha área del lugar arrastrando nuestra imaginación hacia instantes que existían antes que la casa y que existirán después que ésta haya sido destruida. Hay, por último, otra serie de estados de consciencia (*mi desconocimiento, la soledad*) que escapan al lugar y al instante, que arrastran la imaginación hacia oscuras visiones de desamparo y de muerte.

Usando una especie de arte combinatoria, el lector entonces visualiza una experiencia incompleta, abierta, que él, por su cuenta, debe completar por medio de las posibilidades combinatorias que los continuos serializados le ponen en su mano. El lector es entonces el «coautor» de Borges y sólo entonces tiene sentido en profundidad la frase tan socorrida que dice que Borges es un escritor para escritores.

WALDO ROSS

Université de Montréal

(Canadá)